EL CARNICERO DEL VIOLÍN

(Relato del libro ANTES QUE LA MEMORIA NOS ABANDONE. Autor: Pablo Pascual)

Quizás fue en el año 47 cuando el Valentín y yo asumimos una responsabilidad que demostró nuestro valor o, mejor, nuestra ignorancia. Antes habíamos entrado de mozos, una costumbre ya desaparecida. Los muchachos pasaban a ser mozos a los 16 o 17 años. Había que pagar la entrada, una cántara de vino, requisito para ser del grupo de mozos. Nos creíamos unos hombres.

Nuestros padres habían comprado una punta de ovejas a uno de los ganaderos de Villaquemada, el pueblo al que hay que llegar atravesando las montañas de la sierra de San Blas, la llanura de Loínas, bajar hasta el valle del Orejuela y cruzar el puente de piedra para alcanzar la majada. No puedo precisar el nombre del ganadero, pero pudiera ser Eufemiano, Eulogio, Eusebio, Eutiquio, Eustaquio, o algún otro nombre que empiece por Eu. La misión era la de recoger las ovejas en Villaquemada y traerlas a Ribavieja.

El viaje de ida apenas duró día y medio. Nuestros padres nos avisaron del peligro de encontrar lobos e incluso maleantes, que podrían atacar a las ovejas o asaltarnos y robar todas nuestras pertenencias. Cuando eres joven no piensas en el peligro, te crees el más valiente del mundo y nosotros apenas tomamos en cuenta las advertencias de los padres, más experimentados en estas aventuras.

Llevábamos el dinero para el pago de las ovejas bien escondido en una bolsa de plástico opaco que nos atamos a la cintura, debajo del jersey de lana gruesa. Nuestros compañeros de viaje fueron Estrella y Pistolero, descendientes de Luna y Chaval. A Pistolero le pusimos de nombre Truhán al nacer, pero, dada su facilidad para preñar a las perras en celo, lo rebautizamos con un nombre más acorde a sus habilidades.

Sendos bastones nos servían de armas en caso de un ataque de bandoleros, idea que nos producía carcajadas con el simple hecho de mencionarla. El morral iba repleto de fruta y fiambreras de migas, chorizos y lomos en aceite, con los que apaciguar el hambre. Al llegar a la cima del San Blas, nos creímos los reyes del mundo, divisando paisajes deslumbrantes de verdes y rojizos, combinados con el azul del cielo en el horizonte. Nos dijimos que aquello era la felicidad. La libertad, el contacto con la naturaleza salvaje, el creernos los amos del mundo, sin ataduras, sin padres que nos dieran órdenes, nos hizo sentirnos los pastores más felices sobre la faz de la tierra. Con la bajada a la llanura, el encantamiento se desvaneció. Nos encontramos con unos mendigos que venían de limosnear de algún pueblo de los alrededores. Nos contaron que habían dormido en un pajar. Uno de ellos era el Tripas, conocido en Ribavieja porque siempre nevaba cada vez que aparecía por el pueblo en invierno. Con sus alforjas al hombro recorrían más caminos que nadie.

Todo transcurrió sin incidentes. Pasamos la noche con el cielo estrellado como cobijo, arropados por mantas morellanas, que impidieron que la humedad y el frío penetrara en nuestros cuerpos.

Los perros fueron nuestros guardianes y dormimos plácidamente seis horas hasta que llegó el alba. Al mediodía estábamos delante de aquel ganadero de nombre que empieza por Eu, ¿podría ser Eugenio?, y llevamos a cabo el trato iniciado con él por nuestros padres. Le entregamos el dinero y él nos dio a cambio seis docenas de borregas, dispuestas a iniciar dos jornadas, subiendo y bajando cerros, pastoreando en los pocos humedales que íbamos a encontrar y balando desconcertadas ante sus dos nuevos dueños.

Después de comer y descansar, nos pusimos en camino con la esperanza de abandonar el valle del Orejuela a la caída del sol. La primera de las dos aterradoras noches que pasamos en el camino vino acompañada de una sorpresa, grata al principio. Decidimos acampar en el lugar que llaman Torrequebrada, donde hay un corral espacioso.

Allí cobijamos a las ovejas y nosotros nos dispusimos a encender un pequeño fuego para asar unas patatas que amablemente nos había regalado aquel señor cuyo nombre empieza por Eu, ¿sería Eutimio? Un resplandor no muy alejado nos distrajo y fuimos hacia allí. Un hombre, envuelto en una manta llena de jirones, estaba acurrucado junto a la hoguera resplandeciente. A su lado, atada a un roble, había una mula cargada de cuatro vasijas de barro.

Aquel hombre no parecía en absoluto un bandolero, asaltante de caminos. Nos dijo que se dedicaba a comerciar con aceite de oliva por los pueblos de la comarca. Seguramente lo haría a escondidas, en el mercado negro que hizo ricos a muchos aprovechando la escasez de alimentos de primera necesidad. Con el estraperlo, recordarás Nazario, el Bernardino amasó una fortuna, vendiendo a precios altísimos la harina de trigo que compraba a precios irrisorios a los campesinos de Ribavieja. La cartilla de racionamiento fue una dura salida para paliar la falta de comida, pero también una oportunidad única para enriquecer a los pícaros. No sé por qué, pero aquel señor envuelto en una manta hecha jirones me recordaba al Bernardino. Nos invitó a sentarnos al fuego. Sacamos las patatas del morral, las asamos en las brasas y las compartimos con el extraño, que, a medida que avanzaba la noche, nos resultó un individuo simpático y dicharachero. Nos contó una historia que se me quedó grabada y todavía la recuerdo. No podría decirte lo que he hecho esta mañana y, sin embargo, recuerdo con exactitud las palabras de aquel personaje.

¡Cosas de la edad, Nazario! Esto es lo que narró aquella noche estrellada de marzo, al calor de un fuego que se iba consumiendo lentamente:

*“Lo que os voy a contar sucedió no muy lejos de estos parajes.*

*Soplaba el viento y sus ráfagas se extendían desde la sierra hasta el*

*llano. Llegaban al pueblo ruidos de pájaros volando bajo. Hacía frío,*

*mucho frío, y las primeras nieves se anunciaban. No hay nada mejor*

*que los pájaros con su revoloteo para proclamarlas. En la casa de*

*Andrés un candil iluminaba la oscuridad de la casa fría. Su padre, con*

*el aliento, le calentaba las manos. Su madre intentaba encender el*

*hogar. Un dulce sonido se confundía con el revuelo de los tordos, los*

*gorriones y las golondrinas. Era música de violín. Era el carnicero que*

*pregonaba su mercancía por las calles del pueblo. Llegaba desde el*

*otro lado de la montaña, con su mula cargada de carne. No había*

*peligro que las moscas estropearan su género, bien envuelto en paños*

*blancos.*

*Siempre sonaba la misma melodía: Vivaldi y sus estaciones. Aquel día*

*tocaba el invierno. Andrés, el más pequeño de los hermanos, se*

*apartó del padre y se fue al ventanuco. Era David, pensó, que les traía*

*la comida de la semana. La melodía continuó evocando una tarde de*

*frío invierno. Observó a través de los helados cristales como los*

*aldeanos se iban arremolinando alrededor del carnicero. Ya en la calle*

*recibió el primer impacto de la frialdad típica de comienzos de invierno.*

*¡Vengan aquí,*

*las mejores carnes del país*

*os las trae David!*

*Con esta cantinela y acompañado de su violín, el carnicero atraía a*

*todos los parroquianos. Su poder de convicción era enorme. Las*

*costillas de cerdo, los cuartos de cordero, los lomos y hasta el hígado*

*de ternera y los mismos riñones, desaparecían como por encanto ante*

*la codicia de las mujeres, que necesitaban llenar sus despensas una*

*semana más.*

*Andrés llegó al grupo y el músico carnicero dejó por un momento la*

*venta, para dedicarle una canción. Era su preferido, no porque fuera*

*hijo de una familia amiga, sino porque se quedaba embelesado por las*

*notas de su violín. Tocó para él un alegre movimiento del*

*Cascanueces de Chaikovski. Los ojos de Andrés brillaron de alegría y*

*agradecimiento. Las notas le sugerían una fanfarria burlesca, tan*

*rítmica que a Andrés le daban ganas de bailar.*

*Cuando el carnicero sirvió a todos, acompañó a su pequeño amigo a*

*la casa de sus padres. Era vieja, con anchas paredes terminadas en*

*cal blanca y ligeramente azulada. Al terminar de subir los escalones*

*desiguales hasta el segundo piso, había una cocina cerrada con una*

*puerta vieja azul que asomaba a la izquierda. Había un fogón ardiendo*

*que servía para calentar el lugar y hacer la comida. Una mesa, un*

*escaño azul y unas cuantas sillas componían el escenario en el que*

*David contaba sus fantásticas historias a los niños, que le escuchaban*

*boquiabiertos.*

*Aquel día invernal les maravilló con lo que aseguraba ser un hecho*

*real. Alguien estaba sentado a la sombra de un pino. Cientos de*

*arañas, sin que ese alguien se enterara, porque estaba pensando*

*profundamente, tejían sus hilos alrededor de su cuerpo hasta*

*paralizarlo. Al cabo de unos minutos, el pensamiento de aquel paisano*

*se transformó en un sueño eterno, del que nunca iba a despertar.*

*Y Andrés le preguntó asombrado por detalles: que de qué están*

*hechos los hilos de arañas; que qué soñó para estar tan distraído; que*

*qué es eso del sueño eterno...*

*David se despidió con una última melodía. Estaba oscureciendo y*

*debía proseguir con su venta. Andrés le pidió que repitiera la fanfarria*

*del Cascanueces. Le complació y se despidió de todos.*

*No podía imaginarse Andrés que aquel día helador fue la última vez*

*que vio a su amigo el carnicero violinista. Dijeron que la mula se*

*asustó por algún animal que apareció entre la maleza del monte, en el*

*camino de vuelta, y arrolló a David. Otros aseguraban que un oso*

*hambriento, atraído por el olor de la carne, devoró a la mula y a su*

*amo. Hay quien afirmó que la llegada de la noche y una niebla espesa*

*les habían hecho perder la senda y se habían precipitado por un*

*barranco. Los encontraron helados a los tres días.*

*Sin embargo, Andrés estaba convencido, guiado por su fantasía*

*infantil, que la desaparición de su amigo era cosa de unos cientos de*

*arañas que con el tejer de sus hilos lo habían sumido en el sueño*

*eterno.*

*Con el paso de los años Andrés recordaría al bueno del carnicero del*

*violín. A punto de comenzar su carrera musical, sentado con su violín*

*nuevo brillante entre los otros maestros músicos de la orquesta*

*filarmónica, pensó en David y en sus historias al calor de la lumbre del*

*hogar. Su vocación por la música se la debía a la habilidad del*

*carnicero para congregar a los aldeanos alrededor de su mercancía. Y*

*creía que le sería difícil conseguir un arte tan depurado como el de*

*aquel juglar que llegaba al pueblo atravesando las montañas. No era*

*capaz de comprender cómo del violín de un simple carnicero sin*

*estudios emanara una música magistral, a él que tanto sacrificio le*

*había supuesto terminar sus estudios musicales.*

*Nadie como él para entusiasmarle con sus narraciones, que siempre*

*acababan con las cenizas de las brasas apagadas a los pies,*

*sentados en un escaño azul, o quizás fuera marrón. Su arte innato era*

*el fruto de la penuria. La necesidad vital de sacar adelante una familia,*

*la misma que David abandonaba cada mañana al son de la melodía*

*de Vivaldi y que repetía por los pueblos de la comarca.”*

El Valentín se durmió en mitad de la narración, pero yo imaginé cada una de las andanzas de David, el carnicero del violín, cuya historia me conmovió y me mantuve despierto hasta que el narrador dio las buenas noches y ambos nos sumimos en un sueño reparador. Eso creía yo. Al cabo de un tiempo, el Valentín me despertó maldiciendo la hora en que conocimos al cuentista, maleante y estraperlista. Nos había abandonado llevándose nuestras mantas de pastor, nuestros morrales y, lo que era peor, nuestra comida. ¡Y nos quedaba una jornada de camino y una noche que presumíamos heladora!

Pasamos el día sin comer, a excepción de unas patatas asadas que sobraron de la noche anterior. Atravesamos la llanura de Loínas y nos presentamos ante las laderas de la sierra, deseosos de beber agua en el manantial que llamábamos el Chincharrín. Cuando el último rayo del sol desapareció al otro lado de la montaña, estábamos acampando en la cumbre. Aquí no había una majada donde guardar las ovejas, así que las recogimos en una charca desecada al borde del camino.

Dimos órdenes a los perros de vigilar y mantener al ganado en aquella posición. Encendimos una monumental hoguera con leña de las carrascas que pueblan estos montes. Nuestra intención era mantener vivo el fuego hasta el amanecer para soportar la baja temperatura. El Valentín durmió las dos primeras horas y lo desperté para que me hiciera el relevo de esta guardia improvisada. Caí en un sueño profundo, en el que soñé con ataques de animales feroces, de un oso y...los gritos del Valentín volvieron a despertarme aquella noche inolvidable. Nuestras ovejas estaban siendo atacadas por una manada de lobos y nuestros perros las defendían valientemente. En una de sus embestidas, un lobo dio una dentellada mortal en el cuello de Pistolero, que se desangró ante nuestros ojos llorosos. Los gritos de rabia ahuyentaron a los lobos, que se refugiaron en la espesura del monte. El ganado no sufrió ninguna baja, pero la pérdida de Pistolero fue un golpe duro para el Valentín y para mí. Lo enterramos en la misma charca desecada que tan bravamente había defendido. Esta experiencia nos reportó el paso de una juventud inconsciente a una madurez angustiosa. Fueron unos tristes días, porque una semana después mi abuelo Matías murió. Llegando al pueblo oímos el sonido de las campanas de la iglesia. No sabíamos por qué causa o por quién doblaban. Podía ser un aviso de fuego en las casas o en el monte, pero no observamos humo en el horizonte. Simplemente anunciaban que un vecino agonizaba con su sonido metálico y triste, después del haber recibido la extremaunción. Doblaban por mi abuelo moribundo. Siempre tendré presente sus ideas sobre el más allá. Nos decía que él no creía en una nueva vida, que había que actuar pensando en hacer el bien aquí, ayudar a los que te rodean sin pensar en una recompensa celestial, que la gente sólo se muere cuando la olvidan. Por eso mi abuelo sigue vivo. Porque continuamente revive en mis recuerdos.